



LA MARIPOSA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIEDADES.

INTRODUCCION.

No tratemos de instruir al público porque no tenemos la presuncion de saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con este objeto cuanto lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle no seremos escrupulosos en los medios siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro ni de tercero, siempre que sean licitos, honrados y decorosos.

EL POBRECITO HABLADOR.

Antes de empezar la tarea que nos hemos impuesto, creémos oportuno escribir estas líneas como introduccion á nuestros artículos; las cuales, no serán sino el desarrollo del programa que presentamos en nuestra circular. En ellas manifestaremos nuestro plan, nuestros medios y nuestras esperanzas para el porvenir, sin atrevernos á prometer á nuestros lectores mas de lo que seamos capaces de llenar con exactitud.

No debe considerarse esta introduccion como un prospecto, en el cual tendríamos que ser mas estensos y minuciosos.

Los prospectos á nuestro modo de ver, presentan dos inconvenientes: O en ellos se promete mucho, y entónces es difícil llenar los compromisos, ó se promete poco y entónces ofrecen poco atractivo para los suscritores.

Nuestro sistema será ni prometer mas de lo que alcancen nuestras fuerzas, ni desesperar de ir mejorando en adelante.

Sobre todo, deseamos que los adelantos sucesivos de nuestro periódico, los vayan percibiendo nuestros lectores sin que nosotros nos anticipemos á manifestarlos.

Sabemos que este no es mas que un ensayo es una carrera harto difícil, y en la cual la perfeccion viene por grados. Con la mejor voluntad posible, confidos en la induljencia, con que juzgará el público las primeras producciones de unos jóvenes que no tienen mas ambicion que adquirir los medios de ser útiles algun dia á su patria y á la Sociedad en que viven, nos lanzaremos con fe en este sendo árido y espumoso.

Algun dia, quizá seremos dignos de ir á colocar una piedra en ese monumento grandioso que eleva la humanidad entera al progreso y á la civilizacion; y entónces nos consideraremos felices con haber llenado la mision que tiene todo hombre, de cooperar al progreso social de su país.

Si por el contrario nos faltan las fuerzas y no podemos superar las escabrosidades del camino, nos quedará la conviccion de haber empleado todos los medios de llenarla.

Al presente nuestros artículos serán puramente científicos y literarios, separándonos absolutamente de la política.

En la parte poética de nuestro periódico presentaremos algunas producciones escogidas de los poetas Americanos contemporáneos; y la parte de variedades contendrá una revista entresacada de diarios científicos; algunas traducciones de trozos selectos de las obras literarias tanto antiguas como modernas, tomadas de autores Latinos, Franceses, Ingleses, Italianos y Portugueses, procurando de esta modo hacer nuestro pequeño periódico tan útil como ameno.—Habrá tambien un folletín.

Recibiremos con placer, cualquier comunicado que se nos remita siempre que él tenga un objeto de utilidad jeneral; y desde ahora ofrecemos nuestras columnas á toda la juventud estudiosa publicando con gusto sus producciones.

Deberemos advertir sin embargo que ningún artículo tanto nuestro como remitido, será publicado sin pasar por la censura de una comision que decidirá sobre su mérito.

Este es nuestro plan; estos son las esperanzas con que emprendemos nuestro tarea. Animados por la benévola acogida que nuestro proyecto ha tenido por parte de todos nuestros amigos, seguiremos sin vacilar y sin arredrarnos por los obstáculos que se nos presentan, haciendo cuantos esfuerzos nos sean posible para llenar nuestro programa, y para responder á la bondad de nuestros suscritores.

F. P.

Cual la niebla vaporosa,
Como la brisa sutil
La ligera mariposa,
Va vagando en el pensil ;

Y desde el jarrin al lirio,
Desde la rosa al clavel,
Liba en su loco delirio,
De una flor y otra la miel.

Y al formar en sus volidos,
Circos y líneas en cruz ;
Sus mil colores lucidos,
Tornasolan con la luz.

Jira inquieta y ni un instante,
Te detengas á posar,
Que así imitas lo inconstante,
De la vida terrenal.

Vuela del eliotropo á los jazmines,
Desde el rojo clavel hasta la rosa ;
Y vaga por los prados y jardines.
Fugáz, inquieta, alegre y revoltosa.

¿ Qué importa que te tachen de liviana,
Estos que habitan este impuro suelo ?
¿ Piensas acaso que en la vida humana,
Hay mas constancia que en tu ráudo vuelo ?

¿ Piensas que el mundo encierra realidades ?
¿ Piensas que de ellas gozarán los hombres ?
¿ Piensas que aquí podrás hallar verdades ?
! Cuanto te engañás ! solo existen nombres . . .

Cifras, que el hombre en su fatal demencia,
Dijo " con ellas dura mi memoria " ;
Y á un llama opinion, á otra creencia,
Fortuna, honor, reputacion y gloria.

Pero todo es fugáz y pasajero,
Todo lo borra el tiempo y le arrebatá ;
Como lleva las nubes el Pampero,
Que el Cielo nublan del hermoso Plata.

Y solo existe una verdad inmensa,
Que sobrevive al tiempo que derrumba ;
Solo una realidad profunda intensa,
" Y és que marchamos todos á la tumba. "

.....
Sigue bella mariposa,
Tu alegre y rápido vuelo,
Y no ceses bulliciosa,
De vagar de rosa en rosa,
Sin tocar jamás el suelo.

Tu me animas y recreas,
Con tu inquietud incesante
Cuando fugáz révolteas,
¿ Cuantas variedades ideas,
Cruzan mi mente al instante !

Jira y forma en los volidos,
Circos y líneas en cruz ;
Que tus tintes escogidos,
Y tus colores lucidos,
Tornasolan con la luz.

Y en rápido movimiento,
Leve, fugáz, indecisa,
Velóz como el pensamiento :
Jira una vez, diez y ciento,
Columpiada por la brisa.

¿ Qué importa que te tachen de liviana ?
Vuela festivo insecto sin recelo ;
¿ Piensas acaso que en la vida humana,
Hay mas constancia que en tu ráudo vuelo ?

FERMIN FERREIRA.
Montevideo Febrero 26 de 1851.

Sería una falta muy reprochable en nosotros, el no corresponder con la manifestacion de nuestra gratitud á la generosa acogida que ha logrado obtener, en nuestros amigos y compatriotas, el proyecto de dar publicidad en un periódico semanal á nuestros primeros ensayos literarios.

La sociedad al prodigarnos este estímulo, muestra que ha comprendido bien nuestro objeto, y nosotros haremos todo lo posible para que vea realizadas las esperanzas que ha podido fundar en nuestros trabajos ; y continuando así llegará un dia en que podremos presentarle otros mas dignos que los presentes frutos de nuestras jóvenes inteligencias.

Es el bello escudo especialmente á quien dedicamos los colores mas bellos y brillantes de la MARIPOSA, es decir, todos aquellos artículos que mas tengan de festivo y alhagueño; pues es justo que le presentemos como un homenaje las ideas que solo él nos puede inspirar y que refleja en nuestra alma como las rosas su imájen en el arroyuelo que murmura á sus plantas.

P.

ROSA.

ANEDDOTA HISTORICA.

por

G. PEREZ.

Testimonio de aprecio y gratitud.

AL SR. DR. D. LUIS J. DE LA PEÑA.

INTRODUCCION.

El jéni de las conquistas llevaba la invasion por todas partes en el viejo continente, mientras que el ánjel de la libertad empezaba á estender su dominio por todo el hemisferio de Colomb.

Los españoles tres meses há, encerrados dentro de los muros de Montevideo, ven con pesar toda la campaña en poder de los hijos de la libertad, y redoblan sus esfuerzos para no acabar de perder tan rica prenda. Y los hijos de la libertad, tus hijos Patria mia, no desmayan en medio del escabroso camino que les conduce á la gloria.

Hé aquí la época en que pasaron los acontecimientos que vamos á referir.

I.

El Sol se ha ocultado yá ; mas brillante en el horizonte variados y pintorescos meteoros que sembraron sus últimos destellos. Una brisa suave y deliciosa conmueve blandamente las hojas de los árboles, y los pájaros cruzan el espacio haciendo resonar sus alegres gorjeos.

Dos hombres dirijen sus caballos dejando tras sí el PANTANOSO, cerca del cual se halla un campamento del ejército de la libertad, y el gigantesco Cerro cuyas plantas van á besar murmurando las brillantes ondas del Plata.

Ambos van armados; y sus vestidos y su altro modo de cabalgar demuestran ser dos campeones del ejército de la libertad.

El primero marcha adelante, erguida la cerviz,

rubio y flotante el cabello, grandes los ojos y celestes como la bóveda donde brillan los astros; por ellos arroja la expresion de la mas indomable altanería. Su construccion es la de un atleta; gigantesca su estatura; toda su persona presenta un aspecto singular que no puede agradar sin sorprender, sorprender sin agradar.

Su vestido, su montura y sus armas son los que podría usar un jefe de ese tiempo. Por el contrario todo el aire de su compañero es el de un soldado.

Este acercó mas su caballo al de los cabellos rubios y con aire respetuoso:

— Coronel, dijo, el sol se ha entrado ya.

— ¿ Y qué quieres decir con eso ? contestó éste elevando en el soldado una mirada fija y penetrante.

— Es, coronel, que hace una hora que camiamos, y aun . . .

— ¿ Tienes algo ? le interrumpió el jefe asomando á sus labios una sonrisa burlesca.

— Señor ! exclamó el soldado, usía me ha visto mil veces pelear á su lado.

— Y entonces ¿ á que viene esa pregunta ?

— Porque hallo bien raro venir hasta aquí habiendo dejado á los enemigos sobre las armas.

— ¿ Crees tú que ellos se atrevan á algo ?

— Con todo, señor . . .

— Bueno, calla y sígueme; el jefe acompañó estas palabras con un gesto que quería decir: ¿ necesario acaso de tus avisos ?

El soldado calló.

— Mira, repuso el jefe, cuando lleguemos donde me dirijo, te guardarás bien de pronunciar mi nombre y de dejar sospechar quien soy.

Muy bien coronel.

Y ámbos toraaron á seguir silenciosamente su camino.

El crepúsculo había desaparecido ya bajo las negras sombras de la noche. Poco á poco iban asomando en el cielo millares de estrellas; y los dos militares seguían siempre su camino.

II.

No muy léjos de donde hemos dejado á los dos caminantes, estaba situada una hermosa estancia. En la casa que servía de habitacion á sus dueños, y en la sala principal pasaba la escena siguiente :—

Un hombre de unos cincuenta años á lo mas, estaba sentado en frente de un jóven

que apenas cuenta diez y seis años; sus cabellos negros formaron graciosos rulos, caían negligentemente sobre su nevado pecho; sus ojos del mismo color despiden miradas ardientes y espresan una viveza de alma incomprimible; su boca pequeña, y sus labios sonrosados completan la hermosura de su rostro.

—Sabe, hija mía,—le dijo el hombre que frente á ella estaba, sabe que tengo que comunicarte una mala noticia.

—¿Cuál es padre mio? dijo la jóven con acento celestial.

—Ya no podrás casarte con Carlos, tu novio prometido desde tanto tiempo, y el único que hubiese consentido que recibiera tu mano.

La jóven sonrió y repuso:

—¿Por qué motivo? qué ha podido suceder?

—Ha muerto hace tres días. Era español, jóven esaltado y cayó en manos de Otorguéz.

—Pobre, contestó friamente la jóven.

—Rosa! hija mía, parece que no recibes esta noticia como la debieras recibir.

—No lo debe V. extrañar, si recuerda la antipatía que había producido en mí.

—Es cierto que no recordaba tu carácter; ¡ah! Rosa, ese carácter que debió ser comprimido en tu tierna edad.

El padre de Rosa meneó tristemente la cabeza y pronunció varias palabras encomiando el mérito del jóven á quien se refería.

Entonces se oyeron dos golpecitos en una de las ventanas.

—Yo diría que es jente quien ha producido ese ruido.

—No señor, será el viento; contestó Rosa; mas para cerciorar á V. voy á asomarme.

Rosa se levantó, y su padre tomó un libro sobre el cual fijó sus miradas.

Mientras tanto, Rosa había abierto la ventana, y al punto se vieron brillar al través de la reja, dos grandes ojos azules como dos estrellas fijas. Una conversacion sumamente baja y que duró un corto intervalo siguió á esta aparicion; parecía por los ademanes de Rosa que rechazaba alguna proposicion, mas poco á poco se calmaron como si quedase convencida, y admitida la proposicion.

—¿Y bien! ¿qué hay, Rosa?

Esta se estremeció; repúsose un tanto, y contestó:

—Solo veo dos hombres, que segun la direccion que toman se dirijen á aquí.

—¿Que aspecto tienen!

—La noche está oscura y no he podido apereibirlo. Recuerde, tata, que V. tiene un carácter demasiado franco, absténgase V. de comunicar sus opiniones á los huéspedes.

—Calla, niña, ¿no sé lo que hago?

Rosa sonrió, y su padre frunció las cejas y arrugó su frente.

Un criado apareció á este tiempo.

—Señor, dijo, está un soldado que quiere hablar á su merced.

—Le dirás que entre.

Poco despues entró el soldado.

—Señor, dijo éste, manda decir mi com... mi... mi teniente, si V. puede hospedarle esta noche.

—Dile á tu teniente que con el mayor placer! un teniente! exclamó el hombre despues que se fué el soldado, ¡un teniente por aquí; no concibo....

—Tal vez venga de alguna comision con que habrá sido enviado á algun pueblo de campaña.

—Es cierto, no me fijaba en esto.

Pronunciadas apenas estas palabras, apareció un hombre de gigantesta estatura; de

ojos azules, de hercúleas formas, y de cabellos rubios.

III.

—Siento sobremanera incomodar á Vd., dijo el personaje recientemente introducido despues de haber hecho una reverencia al anciano y la jóven; pero la necesidad me obliga á hacerlo.

—Diga V. eso, teniente, tome V. asiento que yo tengo el mayor placer en servir á todo el mundo.

—Es una calidad muy recomendable.

—Yo soy español, y lo que es difícil crear, me llevo bien con todos los paisanos; en estas circunstancias sobre todo.

—Esto es una muestra de la bondad de su carácter, y esta jóven es sin duda su...

Y una sonrisa detuvo al teniente la palabra que iba á pronunciar.

—Si señor, adivinó V., es mi hija; ¿la encuentra V. parecida?

—Sobremanera, señor, es la imagen de V.

—Ahora no podrá V. juzgar de la espresion natural de su rostro porque está algo disgustada....

—Siento mucho, señorita....

Rosa iba á contestar, pero su padre logró hacerlo primero.

—Y para que vea V. teniente que soy franco, voy á decirle á V. por qué. Estaba en vísperas de casarse con un jóven escelente, hijo de un amigo mio, y al que amaba mucho, mas hoy ha recibido la noticia de su muerte. El pobre Carlos cayó en poder de Otorguéz y murió.... ¡ah! bribon! me la pagará

A estas palabras Rosa se estremeció y miró al huésped con ojos suplicantes, dando muestras de la mayor agitacion; éste le dirigió una mirada acompañada de una sonrisa y bastó esto para que se serenase el rostro de la bella jóven.

—Ya le digo á V. francamente, continuó

el padre de Rosa, soy español pero no me mezclo en asuntos de guerra; poco me daría que triunfasen Vds. ó mis paisanos; pero ese hombre, ese Otorguéz me ha de pagar la muerte de Carlos.

—Es muy justo, contestó el teniente.

En esta y otras conversaciones se pasó parte de la noche hasta que el sueño obligó á todos á dar al cuerpo el descanso debido.

—Teniente, un criado vá á conducir á V. á su aposento.

—Muy bien, señor mio; contestó el huésped.

Cuando éste salió al patio llamó al soldado que le había acompañado y díjole en voz baja:

—¿Has cumplido lo que te mandé?

—Sí señor

—Bueno, está pronto á media noche para marchar cuando oigas un silvido; procura lo estén tambien los caballos.

—Muy bien, Coronel, procuraré quedarme á fuera.

—Bien.

IV.

Recien asoma el sol esparciendo torrentes de una luz suave y deliciosa. El pabellon blanco y celeste ondea majestuosamente sobre las tiendas de campaña que pueblan el campamento; recien cesan los tambores y cornetas de saludar la venida del astro soberano. Los soldados aquí y allí reunidos alrededor de un fuego reposan de sus fatigas con el mate, narrándose sus aventuras guerreras.

Descúbrese á lo lejos una nube de polvo, y oyese el ruido de un caballo que galopa.

Al instante aparece sobre él un hombre. El sudor inunda su rostro, el polvo cubre sus vestidos, y dá muestras de poseer la mayor agitacion; acércase á un corrillo de soldados y apenas pronuncia estas palabras:

—Pueden decirme Vds. donde podré ver

á un teniente alto, grueso, ojos azules, rubia.

—Señor, Vd. se equivoca; dijo uno de los soldados que parecía el mas racional; casualmente ninguno de nuestros tenientes conviene á esas señas.

—Es imposible amigo, si no es teniente tendrá otro grado.

—Las señas que V. ha dado, solo pueden convenir á nuestro coronel.

—Dígame V. donde verá al coronel, es lo mismo.

—Bien señor, ahí tiene V. su tienda.

Apenas estas palabras fueron oídas por este hombre, cuando se dirigió al sitio indicado y se introdujo precipitadamente. Dentro de la tienda se hallaba el jefe de ojos azules y de cabellos rubios que el lector conoce, y cuando apercibió el rostro azorado del personaje introducido en su tienda.

—¡Hola! exclamó riendo, si no me engaño es V. el señor que tuvo la bondad de hospedarme á noche. Pero tome V. asiento que viene sumamente fatigado.

El español vuelto en sí de la sorpresa que le habia ocasionado lo que veía, y lo que oía, contestó:

—Yo no vengo á sentarme; pero si á llevarme á mi hija, y á eslijir que V. se case con ella sobre la marcha. Yo recibí á V. en mi casa, y paga Vd. mi generosidad con la mayor infamia; pues nadie sino V. ha robado mi hija del hogar paterno.

—Á eso solo viene V. contestó pausadamente el jefe; mire que tambien ha de venir á cumplir una promesa que V. me hizo conocer á noche; recuerde V.... una venganza....

—Eso no le pertenece á V.; arreglemos lo que le toca y dejemos lo demás.

El rostro del español palideció, y su voz no tenia ahora la enerjía de la que habia hecho oír al principio.

—Sí, todo pertenece á mi señor, recuerde V. el nombre de la persona de quien ofreció vengarse, y esa misma soy yo.

El español quedó como herido del rayo, porque apenas pronunciadas estas palabras se presentó á su mente el nombre de Otorquéz. Entonces conoció cuan inútil era reclamar lo que deseaba. Alza su vista, la clava en el jefe y en sus labios encuentra una sonrisa sardónica y provocativa, y en sus ojos una mirada capaz de contener el ímpetu de rabia que ahogaba al español; y lanzando un ruido tremendo, pónese de un brinco sobre su caballo, y vueta exclamando: Venganza al menos!

(Continuará).

Ha llegado á nuestras manos una obra del señor D. Alfredo Bossard, que fué adjunto á la Legación del Conde Walewsky, en 1847, recientemente publicada en Paris; cuyo título es—**CONSIDERACIONES HISTÓRICAS Y POLÍTICAS SOBRE LAS REPUBLICAS DEL PLATA EN SUS RELACIONES CON LA FRANCIA.**

El autor parte desde la época de la dominación Española 1508 á 1810, y llega hasta los años 48 y 50—política del Gobierno Republicano.

Aun no hemos tenido tiempo de ocuparnos de ella, pero en otro número procuraremos dar una idea jeneral y copiaremos si hubiese algun trozo de interés.

A ULTIMA HORA.

El miércoles 23, á las 5 y 35 minutos de la tarde, hemos oído un ruido subterráneo muy semejante al que se sintió en Agosto de 1848; aunque menos fuerte.

Otras personas que estaban en la misma casa aunque en distintas habitaciones lo han sentido como nosotros; y hemos calculado su duración en cerca de medio minuto.

En este momento que enviamos el periódico á la imprenta no podemos dar mas pormenores, pues aunque se ha percibido jeneralmente, muchos lo han creído un trueno prolongado.

MARIA LA LOCA.

¡ Quien és esa pobre loca cuya mirada inmóvil y estroviada parece manifestar el dolor de un alma desgarrada?

No llora, pero de tiempo en tiempo deja escapar hondos suspiros; no se queja pero su silencio manifiesta la calma de un mal que no tiene remedio.

La loca no pide nada al mundo ni á los hombres; ni el frio ni el aire pueden distraerla de sus pensamientos. El viento helado del invierno sopla al través de sus harapos; en sus ajados hombros, y en sus mejillas se vé la palidez mortal de la desesperacion.

Y sin embargo, hasta hace poco tiempo, María era una muchacha dichosa y risueña. El viajero que la ha visto en su posada, se acuerda bien que en toda la comarca no habia una jóven mas linda ni mas alegre que María la loca.

Su alegría era tan comunicativa que todos los huéspedes se ponian contentos cuando ella salía á recibirlos al umbral de la posada. Su corazon no conocía ese miedo ni esos terrores pueriles propios de la infancia, y María se hubiera atrevido á pasar por la noche junto á la abadía cuando mas fuerte silvaba el viento á lo largo de sus sombríos muros.

María debía casarse con el jóven Ricardo á quien amaba; pero Ricardo era un perezoso y un tacaño, y los que le conocian, compadecian á la pobre María diciendo que era una mujer demasiado buena para lo que él merecía.

Era una noche de Otoño sombría y tempestuosa; las puertas y ventanas estaban bien cerradas, y dos forasteros sentados á la lumbre fumaban en silencio, escuchando con cierto gozo interior los silvidos del viento que se oían por la parte de afuera.

—Es muy grato el placer, exclamó uno de ellos, de estarse sentado con una buena lumbre, y oír el viento que silva en los campos.

Buena noche para ir á la abadía, repuso su camarada, no creo que hubiera muchos que se atreviesen en este instante á pasearse en esas ruinas.

—Por lo que á mí toca, temblaría como un chiquillo antes de hacerlo; el miedo me haría crédulo, y me imaginaria que se alzaban en mi presencia las sombras blancas de los frailes, porque hace un aire capaz de despertar á los difuntos.

—Apuesto una comido, replicó el primero, á que María se atreve á ir.

—Pierdes la apuesta, contestó el otro con una sonrisa irónica, yo sostengo que á cada paso creará ver una sombra á su lado, y se creará muerta de miedo con solo que distinga una vaca blanca.

—María no sufrirá que pongan en duda su valor, exclamó su camarada sonriendo, no, no perderé, porque sé muy bien que se halla dispuesta á hacerlo, y á ganar un sombrero nuevo, trayéndonos una rama de aliso que está junto á la pared vieja.

María aceptó la prueba intrépidamente y tomó el camino de la abadía; la noche estaba totalmente cubierta, y el viento sopla con violencia batiendo las nubes: la jóven temblaba de frio en el camino.

Signió el sendero que conducía en derechura á las negras ruinas de la abadía, entró por una puerta abovedada, sin sentir el menor movimiento de pavor, y sin embargo las ruinas estaban tristes y desiertas, y la sombra que proyectaban parecía aumentar mas y mas la oscuridad de la noche.

Todo estaba silencioso en derredor, excepto cuando una ráfaga de viento penetraba jimiendo en el viejo edificio; María, siempre firme, atravesó las ruinas cubiertas de musgo y llegó hasta lo último de la abadía donde crecía el aliso junto á la pared vieja.

La jóven le agarró con alegría; alzóse para cojer una rama, y ya estaba para arrancarla, cuando le pareció oír el sonido de una voz humana; se detuvo y se inclinó á escuchar atentamente, y entonces su corazon empezó á latir de espanto.

El viento silvaba fuertemente, conmoviendo las sonoras hojas de las yedras... al cabo de un instante no volvió á oír nada... el viento cesó... pero despues el corazon se comprimó en su seno porque oyó muy claramente un ruido de pasos que se acercaban.

Fría como el pavor y sin aliento, se deslizo detrás de una gruesa columna donde se ocultó. En aquel momento brilló la luna á través de las nubes, y á su resplendor distinguíó dos asesinos con un cadáver que llevaban en sus brazos.

María sintió en aquel momento que su sangre se le helaba en las venas; el viento volvió á soplar con violencia, llevándose el sombrero de uno de los asesinos que, desgraciadamente, fué á parar rodando, á los pies de la pobre María. La jóven oyó esperando la muerte.

—¡Maldito sea mi sombrero! exclamó un asesino.

—Déjalo, repuso el otro, y ante todo enterramos el cadáver.

María los vió pasar rozándose con ella; se apoderó del sombrero; el miedo le infundió valor, y echó á correr á mas no poder, á través de las ruinas de la abadía.

Corrió como una insensata hasta que llegó junto á la puerta; miraba en su derredor con ojos estraviados y llenos de espanto; sus cansadas piernas no pudieron sostenerla por mas tiempo, y sin fuerzas, ni aliento, cayó al suelo sin poder proferir una palabra.

Antes de que sus descoloridos labios hubieran podido contar esta historia, sus ojos se detuvieron un instante en el sombrero. ; Gran Dios! un movimiento convulsivo recorrió los miembros de la jóven, y un terror frío desgarró su seno. . . apartó el sombrero horrorizada, porque acababa de leer en él el nombre de Ricardo, su prometido.

Cerca de la antigua abadía, y no lejos de la casa de la jóven, se vé el lugar donde fué ajusticiado; el viajero lo vé y piensa, suspirando, en la pobre María la loca.

R Southey.

VARIETADES.

LAS LÁGRIMAS SILENCIOSAS.

Te levantas por la mañana, bajas al valle y ves por todas partes un hermoso horizonte de un claro y límpido azul, pero no sabes que mientras has dormido, las nubes que seaban de desaparecer han vertido sobre la tierra una abundante lluvia.

Ay! ; Cuantos infelices muestran por la mañana un rostro tranquilo, y han pasado llorando toda la noche!

J. Koerner.

EL HUESO.

Un niño muerde una cereza, y arroja el hueso con la boca; un anciano recoge el hueso y le muestra á la vista del mozo.

Algun tiempo despues, éste último pasa por aquel sitio y vé ya que el hueso era un arbusto, el

anciano estaba á su lado mondándolo y resguardándolo de todo lo que podría dañarle. ; Y para que se toma este trabajo dijo para sí el jovencito!

Mas cuando ya era hombre, al pasar por el camino lleno de polvo, encuentra el árbol cubierto de fruta que le refresca, y comprende por fin la prudencia del anciano.

Todos hemos sido ese niño. ; Cuantos proyectos abandonados que una mano prudente se encarga de recoger! La mayor parte de los hombres viven á la casualidad sin pensar que el jermen recogido de una escucha y que la menor de nuestras acciones es "el hueso de un cerezo."

CANCION ALEMANA.

He llamado á la puerta de la riqueza y me han arrojado un maravedí por la ventana.

He llamado quedito á la puerta del honor, y he visto que no abrían sino á los caballeros montados en un jeneroso alazan.

He llamado á la puerta del trabajo y no he oido por dentro mas que gemidos y sollozos.

He buscado la casa de la alegría, y nadie ha sabido indicármela.

Dichosamente conozca una casita bien silenciosa á cuyas puertas iré á llamar.

Muchos la habitan; pero en el sepulcro hay puesto y reposo para todos.

Ruckert.

A LOS SUSCRITORES.

Cuatro Domingos forman la suscripcion de un mes. Marzo tiene cinco por no haber si nó tres en Febrero.

A pesar que pagamos al impresor por número, hemos preferido aumentar los gastos de este mes, antes que pedir á nuestros suscritores algo por este número que vá demás, ó dejar un Domingo sin que aparezca el periódico; deseando presentar así una prueba de que no tenemos mas objeto que agradar á nuestros suscritores.